

SAN ISIDORO DE SEVILLA  
EN SEVILLA

COLECCIÓN HISTORIA Y GEOGRAFÍA



DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino. Universidad de Sevilla

CONSEJO EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino. Catedrático de Historia Antigua  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> M<sup>a</sup> Antonia Carmona Ruiz. Prof<sup>ª</sup> Tit. de Historia Medieval  
Prof. Dr. Fernando Díaz del Olmo. Catedrático de Geografía Física  
Prof. Dr. José Luis Escacena Carrasco. Catedrático de Prehistoria  
Prof. Dr. César Fornis Vaquero. Catedrático de Historia Antigua  
Prof. Dr. Juan José Iglesias Rodríguez. Catedrático de Historia Moderna  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Rosa María Jordá Borrell. Catedrática de Análisis Geográfico Regional  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Pilar Ostos Salcedo. Catedrática de Ciencias y Técnicas Historiográficas  
Prof. Dr. Pablo Emilio Pérez-Mallaina Bueno. Catedrático de Historia de América  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Oliva Rodríguez Gutiérrez. Prof<sup>ª</sup> Tit. de Arqueología  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> María Sierra Alonso. Catedrática de Historia Contemporánea  
Prof. Dr. Juan Luis Suárez de Vivero. Catedrático de Geografía Humana

COMITÉ CIENTÍFICO DE LA COLECCIÓN

Prof. Dr. Víctor Alonso Troncoso. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de La Coruña  
Prof. Dr. Michel Bertrand. Prof. d'Histoire Moderne, Université de Toulouse II-Le Mirail; Directeur, Casa de Velázquez, Madrid  
Prof. Dr. Nuno Bicho. Prof. de Prehistoria, Universidade de Lisboa  
Prof. Dr. Laurent Brassous. MCF, Archéologie Romaine, Université de La Rochelle  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Isabel Burdiel. Catedrática de H<sup>a</sup> Contemporánea de la Universidad de Valencia y Premio Nacional de Historia 2012  
Prof. Dr. Alfio Cortonesi. Prof. Ordinario, Storia Medievale, Università degli Studi della Tuscia, Viterbo  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Teresa de Robertis. Prof. di Paleografia latina all'Università di Firenze  
Prof. Dr. Adolfo Jerónimo Domínguez Monedero. Catedrático de Historia Antigua, Universidad Autónoma de Madrid  
Prof. Dr. Dominik Faust. Prof. für Physische Geographie der Technischen Universität Dresden  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Gema González Romero. Profesora Titular del Geografía Humana, Universidad de Sevilla  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Anne Kolb. Prof. für Alte Geschichte, Historisches Seminar der Universität Zürich, Suiza  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Sabine Lefebvre. Prof. d'Histoire Romaine à l'Université de Bourgogne, Dijon  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Isabel Maria Marinho Vaz De Freitas. Prof. Ass. História Medieval, Universidade Portucalense, Oporto  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Dirce Marzoli. Direktorin der Abteilung Madrid des Deutschen Archäologischen Instituts  
Prof. Dr. Alain Musset. Directeur d'Études, EHESS, Paris  
Prof. Dr. José Miguel Noguera Celdrán. Catedrático de Arqueología de la Universidad de Murcia  
Prof. Dr. Xose Manoel Nuñez-Seixas. Prof. für Neueste Geschichte, Ludwig-Maximilians Universität, Múnich  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> M<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper. Catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona  
Prof. Dr. José Manuel Recio Espejo. Catedrático de Ecología de la Universidad de Córdoba  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Ofelia Rey Castelao. Catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela  
Prof. Dr. Juan Carlos Rodríguez Mateos. Profesor Titular de Geografía Humana de la Universidad de Sevilla  
Prof<sup>ª</sup> Dr<sup>a</sup> Francisca Ruiz Rodríguez. Profesora Titular de Análisis Geográfico Regional de la Universidad de Sevilla  
Dr. Simón Sánchez Moral. Investigador del Programa Ramón y Cajal, Universidad Complutense de Madrid  
Prof. Dr. Benoit-Michel Tock. Professeur d'histoire du Moyen Âge à l'Université de Strasbourg

JOSÉ SÁNCHEZ HERRERO (COORD.)

# SAN ISIDORO DE SEVILLA EN SEVILLA

JOSÉ SÁNCHEZ HERRERO  
JOSÉ RODA PEÑA  
MIGUEL RODRÍGUEZ PANTOJA  
EVA CASTRO  
XOSÉ A. LÓPEZ SILVA  
SANTIAGO CANTERA MONTENEGRO  
JOAQUÍN HERRERA CARRANZA  
ARIEL GUIANCE  
ESPERANZA BONILLA MARTÍNEZ



Sevilla 2018

Colección: Historia y Geografía  
Núm.: 339

COMITÉ EDITORIAL:

José Beltrán Fortes  
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)  
Araceli López Serena  
(Subdirectora)  
Concepción Barrero Rodríguez  
Rafael Fernández Chacón  
María Gracia García Martín  
Ana Ilundáin Larrañeta  
Emilio José Luque Azcona  
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado  
Manuel Padilla Cruz  
Marta Palenque Sánchez  
José-Leonardo Ruiz Sánchez  
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

© Editorial Universidad de Sevilla 2018  
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.  
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443  
Correo electrónico: eus4@us.es  
Web: <<http://www.editorial.us.es>>



© José Sánchez Herrero, coordinador 2018

© De los textos, los autores 2018



Impreso en papel ecológico  
Impreso en España-Printed in Spain


ISBN: 978-84-472-1950-6  
Depósito Legal: SE 357-2018

Diseño de cubierta: Javier Rodríguez Piñero  
Maquetación e impresión: Imprenta SAND, S. L.  
<[www.imprentasand.com](http://www.imprentasand.com)> - Telf. 954 393 558

**ecoedicion**  

Tinta sin metales pesados y papeles procedentes de una gestión forestal sostenible

Impacto ambiental	 Agotamiento de recursos fósiles	 Huella de carbono
por producto impreso	0,64 kg petróleo eq	2,19 Kg CO <sub>2</sub> eq
por 100 g de producto	0,04 kg petróleo eq	0,14 Kg CO <sub>2</sub> eq
% medio de un ciudadano europeo por día	14,15 %	7,15 %

  
JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJO DE FERIA LIBROS Y ORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO  
reg. n.º: 2018/20  
Más información en [www.ecoedicion.eu](http://www.ecoedicion.eu)

## ÍNDICE

Prólogo. San Isidoro de Sevilla, un universitario <i>avant la lettre</i> , por Joaquín Luque.....	9
Presentación, por José Sánchez Herrero .....	11
San Isidoro de Sevilla. Biografía, por José Sánchez Herrero.....	13
San Isidoro en Sevilla. Itinerario iconográfico, por José Roda Peña.....	31
La auténtica “etimología” en la obra de Isidoro de Sevilla, por Miguel Rodríguez Pantoja.....	71
San Isidoro de Sevilla y los judíos: apología o catequética, por Eva Castro y Xosé A. López Silva.....	87
El concepto de España a través de las obras históricas de San Isidoro de Sevilla, por Santiago Cantera Montenegro .....	99
La transmisión de la ciencia antigua en la obra de San Isidoro de Sevilla, por Joaquín Herrera Carranza .....	139
El Libro de los Números de San Isidoro de Sevilla, por José Sánchez Herrero .....	159
Memoria y reliquias en la Castilla medieval: de San Isidoro al Arca Santa de Oviedo, por Ariel Guance .....	203
Manuscritos, incunables, ediciones de las obras de San Isidoro en las bibliotecas sevillanas, por Esperanza Bonilla Martínez.....	225
Bibliografía .....	301



## PRÓLOGO

### San Isidoro de Sevilla, un universitario *avant la lettre*

Dos son, a mi modo de ver, las motivaciones que pueden impulsar al autor o autores de una obra a invitar a un tercero a prologarla. La primera motivación tendría que ver con la búsqueda de una especie de refrendo o de *sello de calidad*, entendiendo que el prologuista es una autoridad en el ámbito de la obra y que con su prestigio y conocimiento otorga carta de naturaleza al texto en cuestión. Pero este no es obviamente el caso, ya que el que suscribe estas líneas es un ingeniero que se confiesa ajeno al ámbito de la historia y, por tanto, poco de valor puede añadir sobre la figura de San Isidoro de Sevilla.

Así pues, habrá que pensar que la motivación de los autores ha debido ser la segunda de ellas: contar con un exordio al texto, con un preámbulo que atraiga la atención y prepare el ánimo de los lectores. Dicho en un lenguaje más actual: que actúe como telonero, como artista menor que prepare el ambiente antes de la actuación de los artistas principales. Asumo con humildad esa tarea y a ella me aplico en los próximos párrafos.

Y si de preparar el ánimo se trata debo anunciarle, respetado lector, que la obra que ahora se dispone a comenzar tiene como protagonista y casi único personaje a uno de los sevillanos más universales, un hombre del medievo cuya influencia aún hoy pervive, un escritor puente entre el mundo clásico y el moderno. Hispalense de cuna según algunos autores, o de adopción según otros, San Isidoro es patrón de Sevilla figurando por derecho propio en el escudo de la ciudad. Fue sin duda un hombre enraizado en lo local, que no provinciano, ya que sus inquietudes e influencia tuvieron y tienen alcance global tanto en el tiempo como en el espacio. Un personaje digno de ser estudiado, mejor conocido y, por ello, reconocido. Alguien, sin duda, que merece trascender el ámbito de la heráldica, acreedor de escapar de la prisión de sellos, escudos y blasones para poder volver a gritar lo que ya proclamaba en vida: la grandeza del saber universal y compartido.

Isidoro es un hombre de una vasta cultura, de un conocimiento enciclopédico que siempre tuvo vocación de abarcar todo el saber de su época. Pero aun siendo un estudioso, o precisamente por serlo, tuvo una gran preocupación por transmitir lo aprendido y por ensanchar los límites de lo conocido. Oigámoslo en sus propias palabras (*De Sinonimorum, lib. II*):

*“Aprende lo que desconoces, no vengas a ser inútil doctor; sé primero alumno, después doctor; consigue el nombre de maestro cultivando las disciplinas; el bien que oyeres, apréndelo; el bien que aprendieres, enséñalo; no abandones el esfuerzo de aprender y de enseñar. La ciencia que por el oído percibes derrámala por la boca. Agrandas en ti aún más la sabiduría*

*compartiéndola con otros; sea tanto más abundante la doctrina, cuanto más participada. La sabiduría se engrandece esparciéndola, disminuye reservándose; la ciencia se hace más patente al darse y cuanto más se extiende más abunda”.*

A estas actividades las denominamos, en lenguaje actual, estudio, docencia e investigación, constituyendo los tres pilares fundamentales y la razón de ser de la universidad. Cuando aún faltaban quinientos años para la institución de la primera universidad (la de Bolonia), siete siglos para la fundación de la primera de ellas en España (la de Salamanca), y casi un milenio para la aprobación de la Universidad de Sevilla, no es exagerado afirmar el inequívoco carácter universitario de San Isidoro. Es justo pues calificarlo como un universitario *avant la lettre*, un precursor de la *alma mater hispalensis*, institución que, por ello, le reserva un sitio privilegiado en su sello oficial.

Y si universitario es el protagonista, universitaria es también la obra. Nace la idea del Grupo de Trabajo *Scriptorium Isidori Hispalensis*, cuya misión principal, y razón de ser, es “el estudio y la difusión de la obra intelectual inmensa de San Isidoro de Sevilla”. Es éste un colectivo que surge del Aula de la Experiencia de la Universidad de Sevilla, cuando era su directora la Dra. Dña. Rosa María Ávila Ruiz, cuya función fundamental es la “conexión social de la universidad con las personas mayores de su entorno, que no han tenido la oportunidad de ir a la Universidad o quieren recordar lo aprendido en ésta, mediante la organización de actividades de docencia no reglada y de promoción cultural”. La dirección del Grupo por el Dr. José Sánchez Herrero, catedrático de Historia Medieval, y su publicación a cargo de la Editorial Universidad de Sevilla, acaban de redondear el carácter de homenaje que nuestra Universidad tributa con esta obra a uno de sus más insignes precursores.

Permítame el lector un apunte final en este no disimulado afán de moverle el ánimo favorablemente hacia la obra que ahora comienza. San Isidoro no es sólo un personaje importantísimo de la historia del pensamiento, o únicamente un precursor medieval del espíritu universitario. No es sólo el patrón de la ciudad de Sevilla y un símbolo que destaca en los emblemas de la capital y de su Universidad. Es también un hombre de actualidad: en 2001, ya en pleno siglo XXI, la Iglesia Católica lo declaró como santo patrono de internet porque su obra pretendía contener todo el conocimiento de la época, la misma aspiración que hoy tiene la red de redes. Quizás este hecho sirva como justificación, o al menos como excusa, para la osadía de que un ingeniero prologue esta obra a cuya lectura ya le estoy robando el tiempo. Espero que, encendido el ánimo y con espíritu isidoriano, disfrute de lo que en las próximas páginas “oyere” y que la sabiduría que en ella encuentre “derrámala por la boca” contribuyendo a difundir la figura de uno de los grandes humanistas sevillanos y universal.

Joaquín Luque  
Catedrático de Tecnología Electrónica  
Rector de la Universidad de Sevilla entre los años 2008 y 2012



## PRESENTACIÓN

Hemos llamado a este libro *San Isidoro de Sevilla en Sevilla* por dos razones. En primer lugar, porque lo escribimos en Sevilla y para Sevilla, para que lo lean los sevillanos, para que entre los sevillanos se guarde la memoria del personaje más culto de su historia y no de hoy, sino de un ayer muy lejano, entre la segunda mitad del siglo VI y la primera mitad del siglo VII (560-633) y para que la ciudad de Sevilla se conozca en España, en Europa y en el mundo (la bibliografía sobre Isidoro de Sevilla es universal) como un centro de estudio y de investigación sobre el sabio Isidoro de Sevilla.

En segundo lugar, el título obedece a que dos de los capítulos de los diversos autores que en él se contienen hablan de iglesias, esculturas, pinturas y obras que están en la ciudad de Sevilla y, por lo tanto, a cualquier sevillano resultará fácil visitarlas, estudiarlas o leer sobre ellas y, de este modo, aumentar la presencia, el conocimiento y el estudio del pensamiento de Isidoro de Sevilla especialmente.

El volumen consta de nueve capítulos. Se abre con una breve biografía puesta al día, exclusivamente, a través de las fuentes documentales que han llegado hasta nosotros.

El segundo capítulo estudia de manera exhaustiva, completa y crítica la iconografía de San Isidoro, las estatuas o imágenes y las pinturas de San Isidoro que se encuentran diseminadas en Sevilla en iglesias y otros edificios.

El tercer capítulo es una breve consideración del concepto de etimología en Isidoro de Sevilla, absolutamente necesaria para comprender su gran enciclopedia de las *Etimologías*, obra dividida en 20 libros o grandes capítulos que abarcan toda la cultura del mundo antiguo que Isidoro transmite al mundo medieval.

El cuarto capítulo se plantea a partir de la obra de Isidoro *De fide catholica contra iudaeos*: ¿fue Isidoro de Sevilla un pensador antisemita?

El capítulo quinto trata de descubrir el concepto de España (Hispania, Spania) a través de las obras históricas de Isidoro de Sevilla *Chronica Mundi* e *Historia Gothorum, Wandalorum et Sueborum*.

El capítulo sexto habla de la ciencia y su transmisión, especialmente en la obra de Isidoro de Sevilla *De natura rerum* y en algunos de los libros de las *Etimologías*, como el IV, dedicado a la medicina. Se completa con unas consideraciones sobre la obra de Isidoro de Sevilla en la génesis de las universidades.

El séptimo capítulo trata de un tema muy estudiado desde la Antigüedad más remota —por los sumerios, los griegos, los judíos, los Padres de la Iglesia— y plasmado en los escritos, las obras de arte y las obras musicales medievales: los números y su simbología, que Isidoro de Sevilla recogió en su *Liber Numerorum*.

El capítulo octavo, finalmente, estudia el traslado de los restos de San Isidoro de Sevilla a León a mediados del siglo XI y toda su problemática religiosa y política.

El libro se cierra con el capítulo noveno, el mejor final: el estudio de las obras de Isidoro de Sevilla (manuscritas, incunables) editadas desde el siglo XVI a nuestros días que se encuentran en las bibliotecas de la ciudad de Sevilla, con el único fin de acercarlas a los sevillanos y para que todo investigador sepa que todas las ediciones de las obras de San Isidoro, especialmente las actuales, se encuentran en las bibliotecas sevillanas y se pueda acercarse a ellas para consultarlas y estudiarlas.

Humildemente pensamos que los nueve capítulos de esta obra encierran una aportación novedosa, crítica, objetiva y substanciosa de las representaciones artísticas sevillanas de San Isidoro, de sus obras presentes en las bibliotecas sevillanas y de lo más llamativo e interesante de su pensamiento.

José Sánchez Herrero

# SAN ISIDORO DE SEVILLA. BIOGRAFÍA<sup>1</sup>

JOSÉ SÁNCHEZ HERRERO

Para precisar los orígenes de la familia de Isidoro debemos recordar algunos hechos históricos anteriores. Los visigodos, que ocuparon definitivamente Hispania a partir del 507, eran cristianos arrianos. En el año 552 los bizantinos, católicos, ocuparon una franja del levante y el sur hispano cuando vinieron en apoyo del rey Atanagildo (555-567), arriano, que en el año 550 se había alzado en armas con la ayuda de amplios grupos de la nobleza hispanorromana católica contra el rey Agila I (549-555), arriano y defensor de una política contra los católicos. El rey hispanovisigodo Leovigildo (568-586) logró la unificación de la península ibérica en el plano político, pero no consiguió la unión religiosa del reino: sus intentos para conseguir la unidad religiosa bajo la fe arriana fracasaron. Esta unidad tendría que esperar hasta la celebración del III Concilio de Toledo del 589, bajo el rey Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo.

En su tratado *De uiris illustribus* (cap. 28), Isidoro afirma que Leandro “tuvo por padre a Severiano de la provincia Cartaginense de España”. Leandro, primogénito de los hijos de Severiano —nombre romano—, se convirtió, tras la prematura muerte de sus padres, en el tutor de sus hermanos Fulgencio, Florentina e Isidoro. A su hermana Florentina, consagrada a la vida religiosa, le envió Leandro, a finales del siglo VI, una carta: *De la educación de las vírgenes y del desprecio del mundo*<sup>2</sup>. El último capítulo es muy revelador: “Que las vírgenes no deben volver al mundo”. Es el único texto que nos informa, de forma indirecta e incompleta, aunque relativamente precisa, sobre la composición de la familia, las vicisitudes por las que pasó, el papel desempeñado por Leandro en ella y, por último, sobre la oscura causa que motivó el desplazamiento de esta familia desde la provincia Cartaginense a la Bética.

Pensando en su hermana, que siente tentaciones de abandonar el monasterio para regresar a su patria cartaginense, Leandro alude de forma alegórica a unos hechos que no fecha; unos acontecimientos familiares y personales en los que quiere mostrar el cumplimiento de la voluntad divina, pero que resultan de difícil interpretación.

Leandro quiere hacer ver a Florentina en el traslado de su familia de la provincia Cartaginense a la Bética un designio providencial que su hermana quiere contrariar:

Te conjuro, hermana Florentina, por la Trinidad celestial del Dios único, que no vuelvas la vista atrás, como la mujer de Lot, una vez que saliste, como Abraham, de la

---

1 Debe consultarse GARCÍA MORENO, L. A., *Prosopografía del Reino Visigodo de Toledo*. Universidad de Salamanca, 1974: 178 (Leander, pp. 91-93; 179, Isidorus, pp. 93-94, y 192, Fulgentius, p. 99).

2 CAMPOS RUIZ, J. y ROCA MELLÁ, I., *Santos Padres españoles, II. San Leandro, Libro de la educación de las vírgenes y del desprecio del mundo*. Madrid, BAC, 1971, capítulo XXI: “La virgen no debe desear volver al mundo”, pp. 73-76.

tierra de tu parentela, no vayas a ser un mal ejemplo y precedente para el bien de otras y no vean en ti lo que han de escarmentar... No te ha de halagar la idea de volver con el tiempo al país natal, de donde no te hubiera sacado Dios si hubiera querido que allí habitaras, pero, porque previó que sería conveniente a tu vida religiosa, con acierto te sacó como a Abraham de la Caldea y a Lot de Sodoma.

Inmediatamente después confiesa Leandro que él mismo se había equivocado cuando propuso a su madre —ya habría enviudado, pues no dice nada de su padre— regresar a la patria brutalmente perdida en otros tiempos:

Al fin, yo mismo reconozco mi error. ¡Cuántas veces, hablando con nuestra madre, y deseando saber si le gustaría volver a la patria, ella, que comprendía que había salido de allí por voluntad de Dios para su salvación, exclamaba, poniendo a Dios por testigo, que ni quería verla, ni había de ver nunca aquella tierra! Y con abundantes lágrimas añadía: "Mi destierro me hizo conocer a Dios; desterrada moriré, y he de ser sepultada donde recibí el conocimiento de Dios"<sup>3</sup>.

Se trata, evidentemente, de una salida violenta, acaso de una expulsión: Dios ha arrojado a Florentina y a su familia de su patria. Y esto parece ser con motivo de la entrada de un poder extranjero:

Yo, por mi parte te hablo por experiencia —continúa Leandro—: aquella tierra nuestra de tal modo perdió su florecimiento y su hermosura, que no queda en ella persona libre, ni su suelo goza ya de su tradicional fertilidad. Y no sin el juicio de Dios, pues el país al que se le han arrebatado sus ciudadanos y donde se han metido extranjeros, al perder su honor, perdió su fertilidad<sup>4</sup>.

La familia de Isidoro se ve obligada a abandonar la ciudad levantina en la que vivían ante la llegada a ella de unos *extranei* (extraños, extranjeros), que unos identifican con los bizantinos, mientras que para otros serían los godos por oposición a los hispanorromanos. Sea como fuere, los estudiosos tienden a colocar la huida de la familia de Isidoro de Cartagena o de la región levantina a raíz del enfrentamiento entre los reyes Agila I y Atanagildo. Unos piensan que Agila, ante la llegada de los bizantinos a la península llamados por Atanagildo, decidió expulsar del levante hispano a todos aquellos que podían prestar su auxilio a los invasores, como pudo ser el caso de la familia de Isidoro, y sitúan los orígenes de esta familia en Cartagena. Otros fijan los orígenes de la familia isidoriana en los límites de las provincias Cartaginense y Bética, indicando el nombre de Orospea. En uno y otro caso, la familia de Isidoro se retiró de la zona dominada por Atanagildo y se dirigió a la ciudad de Hispalis (Sevilla), y Florentina era muy pequeña: "De allí fuiste sacada en una edad en que ni te puedes acordar aunque naciste allí"<sup>5</sup>, y en Hispalis habría nacido Isidoro en torno al 560<sup>6</sup>. Ignoramos el motivo de la elección de Sevilla. Fontaine opina:

La elección de Sevilla por los expulsados no nos proporciona ningún indicio más seguro, pues la elección pudo haberse debido simplemente al hecho de que el padre o

3 *Ibidem*, XXXI, pp.73-74.

4 *Ibidem*, XXXI, p. 74.

5 *Ibidem*, XXXI, p. 74.

6 CODOÑER, C.; ANDRÉS SANZ, M. A. y MARTÍN, J. C., "Isidoro de Sevilla", en *La Hispania Visigótica y Mozárabe. Dos épocas en su literatura*. Universidades de Extremadura y Salamanca, 2010, pp. 139-155.

la madre de Isidoro poseyera allí una (o varias) propiedades o, sencillamente, a que tuviera parientes en esa Bética occidental de donde podía ser oriundo alguno de los dos<sup>7</sup>.

El padre, Severiano, es bien conocido, era un ciudadano hispanorromano, católico, tal vez con algún cargo público en Cartagena. En cambio, por lo que respecta a su madre, se han suscitado diversas hipótesis a partir de un texto ya citado de Leandro en su *De la educación de las vírgenes y del desprecio del mundo*, dirigido a su hermana Florentina, donde da a su madre el nombre Túrtur (tórtola):

No levantes el vuelo del nido, porque encontré la tórtola (*turturem*) donde guardar sus polluelos (salmo 83,4). Eres hija de la sencillez tú que tienes por madre a Tórtola (*Turturem*). En esa sola y única hallarás el oficio de muchas personas queridas. Mira a Tórtola (*Turturem*) como a madre, escúchala como a maestra, y a la que todos los días te engendra para Cristo con su afecto, estímala como más querida que tu misma madre (*cariorum qua nata es reputa matrem*). Y, como ya está libre de toda tormenta y de todo torbellino del mundo, escóndete en su seno. Que te sea suave estar a su lado, te sea dulce su regazo, ahora que eres mayor, como te era gratísimo en tu infancia<sup>8</sup>.

Algunos autores piensan que Túrtur era el nombre de la madre<sup>9</sup>, otros que no es más que un recurso literario, pero no su nombre auténtico, que nos es desconocido. Según la opinión de Santiago Cantera, que sigue a Pierre Cazier, el nombre de Túrtur se refiere “claramente a la abadesa de Santa Florentina, no a la madre de la familia”<sup>10</sup>. J. Fontaine afirma: “Esta afectuosa exhortación no tiene sentido más que si la madre de Florentina fue también su directora de conciencia o bien su abadesa en su monasterio”<sup>11</sup>.

Cuatro fueron los hijos de Severiano y su mujer: Leandro (obispo de Sevilla, ca. 579-ca. 602); Fulgencio (obispo de Écija, ca. 603/10-post. a 619); Florentina, monja en un monasterio sin identificar, e Isidoro, habiendo una diferencia de veinte años entre Leandro, el mayor, e Isidoro, el más pequeño. Leandro, Fulgencio y Florentina nacieron en Cartagena.

Al terminar el capítulo 31 de su carta a Florentina sobre la institución de las vírgenes, Leandro mete en escena a Isidoro, el benjamín de la familia, a fin de lograr que su hermana no abandone la Bética:

Por último, te ruego, ya que eres mi queridísima hermana de sangre, que me tengas presente en tus oraciones y que no te olvides del hermano menor Isidoro, que nos encomendaron nuestros padres a los tres hermanos supervivientes bajo la protección divina cuando, contentos y sin preocupación por su niñez, pasaron al Señor. Y puesto que lo amo como hijo, y prefiero su cariño a todas las cosas temporales, y descanso reclinado en su amor, ámalo con tanto más cariño y ruega por él tanto más

7 FONTAINE, J., *Isidoro de Sevilla. Génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempos de los visigodos*. Madrid, 2002, p. 64.

8 Leandro: *De la educación de las vírgenes*, XXXI, p. 75.

9 GARCÍA MORENO, L. A., *Historia de la España visigoda*. Cátedra, Madrid, 2008, p. 362: “... tal como señala la llamada Regla de San Leandro para la congregación cenobítica de su madre, Túrtura, y hermana Florentina”.

10 CANTERA, S., *Hispania Spania. El nacimiento de España. Conciencia hispana en el Reino Visigodo de Toledo*. Madrid, Actas, 2014, p. 171.

11 FONTAINE, J., *Isidoro de Sevilla. Génesis y originalidad*, p. 64.

cuanto más tierno era el amor que le tenían los padres. Seguro estoy de que tu plegaria virginal inclinará hacia nosotros los oídos de Dios<sup>12</sup>.

Estas líneas nos confirman que Isidoro quedó muy pronto huérfano; que cuando Leandro escribe su carta a Florentina, Isidoro era aún un niño muy pequeño, lo que constituye un indicio más a favor de que Isidoro hubiera nacido ya en Sevilla y de que Leandro, obispo de Sevilla a partir del 579, lo quiso como a un hijo y fue quien se preocupó de su educación. En cuanto a su nombre, Isidoro, es un nombre teóforo pagano (don de Isis), la gran diosa egipcia, pero pudo ser una referencia al santo cristiano mártir Isidoro de Chio, cuyo culto, atestiguado en inscripciones africanas del siglo VI, se había extendido desde allí al sur de España<sup>13</sup>.

¿Cuál fue la formación de Isidoro? Ya sabemos que Leandro ejerció la función de tutor, basado en una especie de fidedigno expreso de los padres a su primogénito en la formación religiosa de su joven hermano. Isidoro creció en un clima de hermandad de una excepcional calidad afectiva, moral y religiosa. Recibió una educación “familiar” en todos los ámbitos. Debido a la personalidad eclesiástica y episcopal de sus otros dos hermanos, es fácil suponer que Isidoro estudiara en la escuela episcopal de Sevilla, ya descrita en el canon I del Concilio II de Toledo<sup>14</sup>.

No consta que Isidoro fuese monje, aunque sí es cierto que conoció la vida monástica, ya que escribió una *Regula monachorum* dedicada a un monasterio honorianense de difícil identificación, pues para algunos estudiosos se encontraba en las proximidades de Sevilla<sup>15</sup>, mientras que para otros se hallaba en Fregenal de la Sierra (Badajoz)<sup>16</sup>.

A la muerte de Leandro, hacia el año 600, le sucedió su hermano Isidoro como obispo de Sevilla, cargo en el que permaneció hasta su muerte, el 4 de abril del 636. Manuel Díaz y Díaz suscita una cuestión muy puntual e interesante sobre la personalidad de Isidoro cuando afirma que fue “elevado a la silla metropolitana probablemente en razón de sus méritos, que ya habrían trascendido al clero y pueblo de Sevilla”<sup>17</sup>. Su actividad en Sevilla y su influencia en toda la vida hispana fue notoria,

12 Leandro: *De la educación de las vírgenes*, XXXI, pp. 75-76.

13 FONTAINE, J., *Isidoro de Sevilla. Génesis y originalidad*, p. 65.

14 VIVES, J.; MARÍN, T. y MARTÍNEZ, G., *Concilios visigóticos e hispano-romanos*. Barcelona-Madrid, 1963, p. 42. Concilio de Toledo II, 527, canon I: “Respecto de aquellos que fueron consagrados a la vida clerical desde los primeros años de su infancia por voluntad de sus padres, decretamos que se observe lo siguiente: que una vez tonsurados y entregados para el ministerio de los elegidos, deben ser instruidos por el prepósito que les ha sido señalado en las cosas de la Iglesia bajo la inspección del obispo”

15 GIL FERNÁNDEZ, J., “Los comienzos del cristianismo en España” y “Basílicas de Sevilla y su tierra”, en SÁNCHEZ HERRERO, J. (dir.), *Historia de las diócesis españolas. Vol. 10: Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*. Madrid, BAC, 2002, p. 34: “Cerca de Sevilla debía hallarse el monasterio Honorianense, para el que según cierta tradición escribió su regla San Isidoro”.

16 CODOÑER, C. (coord.), *La Hispania visigótica y mozárabe, dos épocas en su literatura*. Universidades de Extremadura y Salamanca, 2010, p. 145.

17 GIL FERNÁNDEZ, J., “Los comienzos del cristianismo en España” y “Basílicas de Sevilla y su tierra”, en SÁNCHEZ HERRERO, J. (dir.), *Historia de las diócesis españolas. Vol. 10: Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*. Madrid, BAC, 2002: “Después de la muerte de su hermano Leandro, Isidoro es elevado a la silla metropolitana probablemente en razón de sus méritos, que ya habrían trascendido al clero y pueblo

y su prestigio reconocido por todos. Convocó y presidió el II Concilio de Sevilla en el 619, al que asistieron ocho obispos, Bisino de Elvira, Rufino de Asido, Fulgencio de Astigi, Cambra de Itálica, Juan de Egabro, Fidencio de Tucci, Teodulfo de Cabra y Honorio de Córdoba, y en el que se trataron asuntos de tipo jurisdiccional y de la disciplina del clero. Aunque sus actas no han llegado hasta nosotros, sabemos que celebró y presidió Isidoro otros dos concilios en Sevilla. En el segundo se sometió a examen a un obispo llamado Sintario, que quedó refutado y confuso. El obispo de Zaragoza, Braulio, le pidió a su maestro y amigo Isidoro que le enviara las actas, única referencia a su celebración que ha llegado hasta nosotros. El tercer concilio convocado y presidido por Isidoro se reunió hacia el 628 o 629. Aunque tampoco se conservan sus actas, consta que en él fue depuesto Marciano, obispo de Astigi<sup>18</sup>.

Isidoro estuvo presente, presidió<sup>19</sup> y dirigió intelectualmente el IV Concilio de Toledo, celebrado el 5 de diciembre del 633, bajo la presidencia del rey Sisenando (631-636). Fue un concilio excepcional, tanto por el número de asistentes (firmaron 62 obispos más siete presbíteros representantes de otros tantos obispados, algo solo comparable al III Concilio de Toledo) como por la extensión de sus actas. Se promulgaron 75 cánones. Se legisló sobre el símbolo de la fe, la unificación de las prácticas litúrgicas de la Iglesia visigoda y el patrimonio eclesiástico, intentando reglamentar la espinosa cuestión de los derechos respectivos de obispos, clero diocesano y fundadores y patronos de iglesias rurales; se reforzaron los lazos de dependencia entre la Iglesia y sus esclavos y libertos, quedando estos bajo una perpetua e insoluble relación de patrocinio eclesial; numerosos cánones se dedicaron a reforzar la disciplina y las costumbres del clero, al mismo tiempo que se excluía toda prerrogativa regia en el nombramiento de obispos y, finalmente, se dedicaron diez cánones a tratar nuevamente la cuestión judía. El canon más importante fue el 75, ley fundamental con la que se intentaba el fortalecimiento de la autoridad regia y de la fidelidad de los súbditos, la regulación del procedimiento electivo de sucesión al trono y el establecimiento de garantías procesales para los reos sometidos a juicio ante el tribunal real. Por primera vez asistieron los seis metropolitanos hispanos de Sevilla, Narbona, Mérida, Toledo, Braga y Tarragona, y el primero que firma es Isidoro, "metropolitano de la Iglesia de Sevilla"<sup>20</sup>.

Su firma aparece entre los signatarios del Decreto de Gundemaro (610), de autenticidad dudosa, por el cual se reconoce a Toledo la categoría de sede metropolitana.

---

de Sevilla, a pesar de ser hecho conocido la existencia de 'familias episcopales', tengo la impresión de que Isidoro no tenía conciencia de haber accedido a la dignidad por esta vía, pues a ello alude como vicio eclesiástico de su época en una de sus obras, precisamente dirigida a su hermano Fulgencio de Écija". La obra dedicada a su hermano Fulgencio es *De ecclesiasticis officiis* (610-615).

- 18 GIL FERNÁNDEZ, J., "Los comienzos del cristianismo en Sevilla", en SÁNCHEZ HERRERO, J. (dir.), *Historia de las diócesis españolas. Vol. 10: Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*. Madrid, BAC, 2002, pp. 30-31
- 19 GIL FERNÁNDEZ, J., "Los comienzos del cristianismo en España" y "Basílicas de Sevilla y su tierra", en SÁNCHEZ HERRERO, J. (dir.): *Historia de las diócesis españolas. Vol. 10: Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*. Madrid, BAC, 2002.
- 20 VIVES, J.; MARÍN, T. y MARTÍNEZ, G., *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, pp. 186-225. ORLANDIS, J. y RAMOS-LISSÓN, D., *Historia de los concilios de la España romana y visigoda*. Pamplona, 1986, pp. 281-298. GARCÍA MORENO, L. A., *Historia de la España visigoda*, p. 14 y pp. 157-158.

Ante el conjunto de sus obras, y especialmente de las *Etimologías*, a mediados del siglo VII Isidoro era ya considerado como gloria nacional, línea que inicia Braulio de Zaragoza. Las cartas que entre Braulio e Isidoro se cruzaron nos aportan noticias de la vida y, sobre todo, de la obra escrita de Isidoro. Comienza a ser citado abundantemente a mediados del siglo VII. M. Díaz y Díaz piensa que, quizás, la primera cita de las *Etimologías* (*Orígenes*) es la que se encuentra en el anónimo *De aenigmatibus Salomonis*<sup>21</sup>; el p. Vega sospecha fundadamente que dicha obra anónima y cita provenga de Tajón de Zaragoza<sup>22</sup>. El Concilio VIII de Toledo del 653 (veinte años después de la muerte de Isidoro, y al que ya no asiste Braulio, que también ha muerto) marca la cima de este movimiento de enaltecimiento de Isidoro. Inspirado por Eugenio de Toledo, que preside como más antiguo el concilio y que figura entre los más notables padres que en él tomaron parte, llama en sus actas oficiales a Isidoro:

... nostri quoque saeculi doctor egregius, ecclesiae catholicae novissimum decus, praecedentibus aetate prostremus, doctrinae comparatione non infimus, et quod maius est in saeculorum fine doctissimus, atque cum reverentia nominandus Ysidorus in libro Sententiarum secundo haec pro tali narrat negotio...

Y lo cita como autoridad: "Haec de sacris paginis auctoribusque praecipuis brevissime sufficiat praelibare"<sup>23</sup>. El cenit de admiración lo alcanzará a finales del siglo VII en el elogio del anónimo autor de la *Vita Fructuosi*. Consecuencia de esta apreciación es la consideración de Isidoro como *auctoritas*.

El rey Sisebuto y el obispo de Zaragoza, Braulio, son los dos personajes de la época que más admiraron a Isidoro y más eficazmente contribuyeron a su prestigio. Pero si la influencia y relación de Sisebuto con Isidoro de Sevilla fue grande, también hemos de reparar en la relación con sus sucesores Suintila y Sisenando. Afirma García Moreno: "Como ha dicho de él un moderno estudioso de la historia visigoda, Sisebuto (612-621) fue 'quizá el más culto, piadoso y sensible de todos los monarcas visigodos'". El rey Sisebuto escribió un curioso poema de contenido científico, el *Astronomicum*, una obra hagiográfica *Vita Desiderii* con finalidad pastoral y política y una carta llena de cierta erudición teológica al rey Aldeobaldo, por lo que se le encuadra en lo que se denomina "Renacimiento isidoriano". El rey mantuvo una estrecha relación de amistad y colaboración, al menos en la primera parte de su reinado, con el cada vez más influyente obispo de Sevilla. De Sisebuto recibió Isidoro el impulso para componer su *De natura rerum*, a quien se la dedicó, la *Chronica*, la *Historiae Gothorum* y, sobre todo, una primera redacción de su *magnum opus*, las *Etimologías*<sup>24</sup>. También el sucesor de

21 DÍAZ y DÍAZ, M., "Isidoro en la Edad Media Hispana", en DÍAZ y DÍAZ, M., *De Isidoro al siglo XI*. Barcelona, El Albir, 1976, pp. 141-202 y 152.

22 VEGA, P., *España Sagrada*, 56. Madrid, 1957, pp. 231 y ss. y 403-408.

23 VIVES, J.; MARÍN, T. y MARTÍNEZ, G., *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, pp. 276-277: "También el Doctor Egregio de nuestro siglo, honra reciente de nuestra Iglesia católica, el más moderno de todos pero no el menor por su doctrina, y lo que es más, el doctísimo de los últimos tiempos, el digno de ser nombrado con reverencia, Isidoro, en el libro segundo de las *Sentencias*, dice a este mismo propósito: 'Baste, pues, haber escogido brevemente estas citas de las páginas sagradas (Sagradas Escrituras) y de los autores principales'".

24 GARCÍA MORENO, L. M., *Historia de la España visigoda*, pp.147-153. *Ibidem*, *Prosopografía del Reino Visigodo de Toledo*, p. 94: "Desde el reinado de Sisebuto (612-621) [Isidoro] se convirtió, sin duda en una de las más influyentes personalidades del reino".



Sisebuto, el rey Suintila (621-631), pudo influir en Isidoro en la segunda redacción de la *Chronica* y de la *Historiae Gothorum*; al menos las escribió durante el reinado de Suintila<sup>25</sup>. En la versión larga de su *Historiae Gothorum*, escrita hacia el 625, alaba la política interna desarrollada hasta ese momento por el rey Suintila. Concretamente, el obispo de Sevilla menciona la generosidad desplegada por el monarca para con la Iglesia y el resto de la aristocracia, la prudencia y la consulta preliminar antes de la toma de cualquier decisión de gobierno y de fidelidad. Virtudes todas ellas que se corresponden muy bien con el *speculum principis* tratado por el sabio hispalense en sus *Sentencias*<sup>26</sup>. Finalmente, depuesto Suintila, se hizo con el poder Sisenando (631-636). El nuevo monarca tenía que legitimar y fortalecer su posición mediante el público refrendo de los poderes fácticos del reino: la nobleza laica y eclesiástica. Para conseguirlo, el mejor medio era la convocatoria de un concilio general, lo que consiguió con la mediación de Isidoro de Sevilla en el IV Concilio de Toledo, que no se celebraba desde el año 589.

Braulio de Zaragoza (590-651, obispo de Zaragoza entre 631 y 651) fue el gran amigo, apoyo, impulsor y difusor de Isidoro y sus obras. Se dice corrientemente que fue discípulo de Isidoro de Sevilla, pero M. Díaz y Díaz cree<sup>27</sup> que Isidoro y Braulio se conocieron indudablemente en Toledo o en alguna otra parte, con ocasión de un concilio al que pudo haber asistido Braulio, acompañado de su hermano Juan<sup>28</sup>, o de otra manera. Juan Gil piensa que Braulio fue discípulo de Isidoro y se educó en la escuela episcopal de Sevilla, como frente a M. Díaz ha sostenido de manera convincente V. Valcárcel<sup>29</sup>.

Conservamos de Braulio 44 cartas<sup>30</sup>, de las que la primera es de “mi queridísimo y amado hermano en Cristo, Isidoro, al arcediano Braulio”; la segunda, igualmente de “mi señor y queridísimo hijo en Cristo, Isidoro, al arcediano Braulio”; la

25 DÍAZ y DÍAZ, M., “La obra literaria de los obispos visigóticos toledanos: supuestos y circunstancias”, en *De Isidoro al siglo XI*, pp. 87-116 y 100; e “Isidoro en la Edad Media Hispana”, en *De Isidoro al siglo XI*, pp. 141-202 y 145-146. CODONER, C. (coord.), *La Hispania visigótica y mozárabe*, pp. 143-144.

26 GARCÍA MORENO, L. A., *Historia de la España visigoda*, p. 154.

27 DÍAZ y DÍAZ, M., “La cultura de la España visigótica del siglo VII”, en *De Isidoro al siglo XI*, p. 42: “Se dice corrientemente que (Braulio) ha sido discípulo de Isidoro de Sevilla, apoyándose en una frase desgajada de su contexto, que a mi modo de ver no ha sido correctamente interpretada de tiempo atrás”. Nota 55: ISID. *Epist. Braul.* I (ed. MADDOZ) *dum pariter essemus*, que estima Madoz “argumento cierto de la estancia prolongada del obispo de Zaragoza con el metropolitano de Sevilla” (p. 2). Nada hay que confirme esta tesis corriente (cf. p. 14). Pudo haber estado en Sevilla, o haber convivido en otra parte con Isidoro, pero no necesariamente como discípulo, a lo que además se oponen muchos detalles, como el mismo adverbio *pariter*, por ejemplo” (Se trata de la carta primera en la edición de RIESCO TERRERO, L., p. 63). Sigue el texto de DÍAZ y DÍAZ: “Isidoro y Braulio se han conocido indudablemente en Toledo, o en alguna otra parte, con ocasión de un concilio al que podría haber asistido Braulio acompañado de su hermano, o de otra manera. Lo que sí creo que puede darse por seguro es que su formación es muy diversa de la de Isidoro, a cuyo uso de la lengua y a cuya métrica no se parece en nada la de Braulio; habría que buscar otra dirección: ¿pudo haber sido discípulo de Juan de Biclara, lo que explicaría sus alusiones a Gerona?”.

28 DÍAZ y DÍAZ, M., “Isidoro en la Edad Media”, en *De Isidoro al siglo XI*, p. 144, n. 3: “Juan y Braulio de Zaragoza (hermanos), hijos de otro obispo, Gregorio”.

29 GIL FERNÁNDEZ, J., “Los comienzos del cristianismo en Sevilla” y “Basílicas de Sevilla y su tierra”, en SÁNCHEZ HERRERO, J. (dir.): *Historia de las diócesis españolas*. Vol. 10: *Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*. Madrid, BAC, 2002, p. 34. “Sobre el origen geográfico de la familia de Braulio, obispo de Zaragoza”, en RAMOS, A. (ed.), *Mnemosynum C. Codoner et discipulis oblatum*, Salamanca, 1991, p. 335.

30 *Epistolario de San Braulio*. Introducción, edición crítica y traducción por RIESCO TERRERO, L. Universidad de Sevilla, 1975.

tercera, de "Braulio, siervo indigno de los santos de Dios, a mi señor Isidoro, mercedamente mi señor, elegido de Cristo y el primero de los obispos"; la cuarta, de "Isidoro al obispo Braulio, mi señor y siervo de Dios"; la quinta, igual que la anterior y la más larga; la sexta, de "Isidoro al obispo Braulio, mi señor y siervo de Dios"; la séptima y octava, muy cortas, tres o cuatro líneas, de "Isidoro al obispo Braulio, mi señor y siervo de Dios". Ninguna de ellas tiene fecha<sup>31</sup>.

En la primera y en la segunda carta<sup>32</sup>, Isidoro se dirige al arcediano Braulio. En la primera, Isidoro se lamenta de que hace tiempo que no se ven y no puede gozar de la presencia de Braulio. Cuando habían estado juntos, Isidoro le había pedido a Braulio que le enviara la sexta década de San Agustín; ahora Isidoro le envía el libro de los *Sinónimos* "no porque sea de alguna utilidad, sino porque lo querías". Termina: "Pide por mis miserias porque no valgo nada a causa de los achaques de mi cuerpo y por los pecados de mi alma"<sup>33</sup>. En la segunda, Isidoro, como no puede abrazar a Braulio, le pide que abrace la carta que le escribe. Le manda un anillo "como prueba de amistad" y un manto "para salvaguarda de nuestra amistad". Por "Maurencio, primero entre los clérigos", le envía "el cuaderno de las Reglas"<sup>34</sup>. De nuevo le pide que ruegue a Dios por él para "que merezca verte aún en esta vida y de alegrar con tu presencia al que has entristecido marchándote". En resumen, Isidoro y Braulio eran amigos, existía entre ellos una gran amistad, habían estado juntos y ya no lo estaban, Isidoro le manda el libro de los *Sinónimos* y la *Regla de los monjes*, escritas entre el 610 y el 618, y se encuentra achacoso. Es fácil que estas cartas, sin fecha, sean de hacia el 620, cuando ya Isidoro contaba con sesenta años, por lo que sus encuentros y permanencia juntos habrían sido anteriores. Pero aún hemos de anotar que Braulio, en este momento, no es obispo, sino arcediano; los años de su episcopado van del 631 al 651.

La tercera carta es de Braulio a Isidoro, "mi señor, elegido de Cristo y el primero de los obispos"<sup>35</sup>. A Braulio, del que no sabemos si ya es obispo: "Una gran pena me atormenta, porque después de tanto tiempo no consigo verte, ni ahora siquiera. Pero espero de Aquel, que es misericordioso y no rechaza indefinidamente, que oirá las súplicas de este pobre y me llevará a tu presencia". A pesar de ello, Braulio pide a Isidoro "que quieras hasta el fin mantener bajo tu protección a este tu siervo, a quien siempre protegiste con tu bondad". Braulio pide a Isidoro "con todo encarecimiento... me envíes el libro de las *Etimologías* que, según he oído, has terminado con la ayuda de Dios, porque sé muy bien que trabajaste en él en gran parte a instancias de tu siervo. Por tanto sé generoso conmigo en primer lugar". Por último, Braulio le pide a Isidoro: "Quiero que por tu mediación el rey, tu hijo y nuestro señor, me envíe prontamente el acta del sínodo, en que Sintario, si no convertido, sale al menos convicto por la fuerza de tu argumentación". Muchos datos sobre la vida de

31 *Epistolario de San Braulio*, pp. 62-75.

32 *Ibidem*, pp. 62-63.

33 FONTAINE, J., *Isidoro de Sevilla. Génesis y originalidad*, p. 311, indica 610-615, cuando Isidoro podía tener unos 55 años. CODONER, C. (coord.), *La Hispania visigótica y mozárabe*, p. 142-143, no nos señala los posibles años de su escritura, pero Isidoro se encuentra mal a causa de los achaques de su cuerpo.

34 Sin duda se trata de la *Regula monachorum*. FONTAINE, J., *Isidoro de Sevilla. Génesis*, p. 311, señala 615-618. Ninguna fecha señala CODONER, C., *La Hispania visigótica y mozárabe*, p. 145.

35 *Epistolario*, pp. 64-65.

Isidoro nos proporciona esta carta. Isidoro es obispo y el primero de los obispos<sup>36</sup>, no sabemos si ya es obispo Braulio y continúan sin verse aunque Braulio espera que Dios les conceda encontrarse. Isidoro ya ha terminado el libro de las *Etimologías*, que “trabajaste (Isidoro) en él en gran parte a instancias de tu siervo (Braulio)”. Por último, Braulio ruega a Isidoro que “por tu mediación el rey, tu hijo<sup>37</sup> y nuestro señor” le mande las actas del sínodo en que el obispo Sintario quedó refutado y confuso “por la fuerza de tu argumentación”, sínodo que hemos citado como segundo de Isidoro y del que ignoramos la fecha. Nos queda el dato de las *Etimologías*, obra ya terminada, pero debemos sumar las noticias que Braulio nos da en la carta V.

La carta IV<sup>38</sup> es de Isidoro al obispo Braulio, en la que le da cuenta de haber recibido su carta, pero:

No he podido leer tu carta. En el momento en que acababa de recibir tu escrito, se me presentó el siervo del servicio personal del rey. Entregué el escrito a mi camarero e inmediatamente me fui a ver al príncipe con la intención de leerlo después y contes-tarte. Al volver del palacio no solo no pude encontrar tu carta, sino que todo lo demás que había en ella, había desaparecido.

De donde se deduce que Isidoro visitaba con frecuencia al rey (Sisebuto) en Toledo.

La carta V<sup>39</sup> es la más larga y más completa en cuanto a noticias. Braulio, “sier-vo indigno de los santos de Dios”, escribe “a mi señor Isidoro, elegido de Cristo y el primero de los obispos”, y en otro lugar afirma: “Yo soy ignorante y tú un sabio”. Braulio recuerda a Isidoro que:

Han pasado ya siete años desde que te estoy pidiendo, a lo que recuerdo, los libros de los *Orígenes*<sup>40</sup>, escritos por ti y tú, cuando estaba contigo, me engañaste con mil evasivas y, después que me separé de ti, no me has contestado al objeto, sino que con sutiles pretextos, diciéndome unas veces que aún no estaban terminados, otras que no tenías copias, otras que mi carta se había perdido, y otras muchas excusas, he-mos llegado hasta el día de hoy y seguimos sin que mi petición haya tenido resultado.

Braulio no se da por vencido: “Has de saber una cosa, no te voy a dejar dando a entender que no me importa lo que me niegas, sino que insistiré y volveré a insistir, hasta que reciba y consiga”. Y más adelante:

Devuelve, devuélveme lo que me debes, porque eres siervo de Cristo y de los cris-tianos, para que puedas ser allí el mayor de todos nosotros, y no rehúes hacer partícipes a nuestras almas sedientas y atormentadas por el ansia de saber, de la gracia que sabes te

36 Puede ser una afirmación afectuosa fruto de la amistad, o puede ser que Isidoro fuera el más viejo de los obispos hispanos o, por último, puede que ya se le considerara como el más importante, “el primero”, de los obispos hispanos.

37 “El rey, tu hijo”, ¿de quién se trata? No es rey un hijo natural de Isidoro, sino aquel que ha protegido Isidoro. Dos nombres se nos ocurren: Sisebuto (612-621), que tanto influyó para que Isidoro escribiera algunas obras, o Sisenando (631-636), cuya legitimación como rey ocurrió en el IV Concilio de Toledo y su famoso canon 75.

38 *Epistolario*, pp. 66-67.

39 *Ibidem*, pp. 66-73.

40 Isidoro dudó entre poner como título a su libro *Etimologías* u *Orígenes* (la etimología es el origen de las palabras).

ha sido confiada en razón de nosotros. (...) Así pues, solo me resta —y te lo suplico con el mayor encarecimiento— que me otorgues lo que te pido, si no por mí, al menos por el amor infundido por Dios por el que se nos manda conocer y darlo todo, y sin el cual todo es nada.

Después Braulio le advierte que tiene algunas dudas sobre las Sagradas Escrituras que debía resolverle: “Me quedan unas preguntas sobre la Sagrada Escritura cuya explicación debe hacerme vuestra luminosa inteligencia, si es que quieres que yo dé luz y descubra las dificultades de la Escritura”.

Finalmente, Braulio descubre a Isidoro cómo ya es conocido por muchos su libro, pero mutilado e incompleto: “Te hago saber que los libros de las *Etimologías*, que te solicito, están ya, aunque mutilados e incompletos, en manos de muchos. Por eso te ruego que me envíes una copia íntegra y bien ordenada”. Y de algún modo, Braulio se ofrece a Isidoro para completar su obra y no se fíe de ciertos “ofrecimientos sospechosos, no solicitados”<sup>41</sup>.

Las tres últimas cartas, VI, VII y VIII, son de Isidoro al obispo Braulio. En la carta VI afirma: “La carta de tu santidad la recibí en la ciudad de Toledo”. Y, por fin: “Cuando venía de camino te he enviado, con otros códices, el de las *Etimologías*, y aunque sin corregir a causa de mi salud, era ya mi intención ofrecértelo para que lo corrigieras”. Y sigue: “Te pido que intercedas ante Dios por mis pecados para que por tus oraciones sean borrados mis delitos y perdonadas mis maldades”. En la carta VII, Isidoro repite: “Ahí te envío, como te prometí, la obra sobre el origen de algunas cosas. Compuesta con los recuerdos de antiguas lecturas y comentada en algunos pasajes en el estilo en que escribieron nuestros mayores”. En la VIII: “Con toda mi ansia estoy deseando ver tu rostro y ojalá alguna vez Dios me dé satisfacción a este, mi deseo, antes de morir”.

Pero Braulio estuvo presente en el Concilio IV de Toledo del 633<sup>42</sup>; coincidió, pues, con Isidoro tres años antes de su muerte, acaecida el 4 de abril del 636.

Con posterioridad al Concilio IV de Toledo, y muerto ya Isidoro, Braulio lo cita en otras cartas. En la carta XIV al presbítero y abad Fruminiano, respondiendo a una consulta:

Me consultas, en efecto, si el viernes de Pascua (santo) debe responderse Amén a cada lectura de un pasaje de la Escritura y cantarse el Gloria según la costumbre. Esto

41 Este hecho, que el libro de las *Etimologías* era ya conocido, al menos algunas partes, nos recuerda el modo como Henri MARROU nos describe cómo las cartas de San Jerónimo y las obras de San Agustín fueron conocidas, en todo o en parte, antes de su publicación definitiva, en *San Agustín y el agustinismo*. Aguilar, Madrid, 1960, pp. 167-169: “Ya vimos cuál fuera, en vida suya, el esplendor que irradiaron la obra y el pensamiento del obispo de Hipona. Sus menores producciones eran ordinariamente solicitadas, llegando a suceder, merced a la complicidad de los sacerdotes que le rodeaban, que el público tenía conocimiento de ciertos textos incluso antes de que él mismo llegase a ‘editarlos’ (es decir, a ponerlos en circulación). A causa de la indiscreción de sus mensajeros, algunas de sus cartas eran interceptadas en el camino, copiadas y difundidas por sus propios admiradores. Así, San Jerónimo percibió cierto día el escándalo que promovía en Italia una carta, bastante subida de tono, que San Agustín le había expedido y que él no había recibido todavía. Toda una corte de amigos y discípulos entusiastas se ocupan activamente en difundir su influencia; algunos, que no son ciertamente los menos activos, no le conocen más que a través de sus escritos y, sin embargo, se sienten fuertemente atraídos por su personalidad, aun sin haber llegado a conocerlo jamás”.

42 VIVES, J.; MARÍN, T. y MARTÍNEZ, G., *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, p. 40: “LIV Braulio, obispo de la iglesia de Zaragoza, firmé”.

no se hace entre nosotros, ni lo he visto en ninguna parte, ni lo hacía mi señor Isidoro, de feliz memoria<sup>43</sup>.

En la carta XXII al obispo Eutropio, a quien responde sobre otra duda:

Respecto la fiesta de Pascua, sobre la que quisiste contestar a mi pobre persona, sepa vuestra santidad que lo correcto es que este año la Pascua se celebre el día ocho de abril, el veintiuno de la luna. Así lo dejaron escrito nuestros mayores... en nuestro tiempo el insigne varón Isidoro de Sevilla<sup>44</sup>.

Este Eutropio, obispo y escritor, parece ser obispo de una diócesis no lejos de Zaragoza, quizás Tarazona<sup>45</sup>.

Y en la última de sus cartas, la XLIV, al presbítero Fructuoso, contestándole sobre los años de vida de Matusalén: "En nuestro tiempo, el obispo de Sevilla, Isidoro, hombre de incomparable ciencia, en su libro de las *Etimologías*, al tratar de resolver el origen de este nombre, escribe: Matusalén significa *mortuus est*. La etimología del nombre es evidente"<sup>46</sup>.

No es fácil organizar todas estas noticias. Hay algunas claras. Isidoro y Braulio son amigos, pero las cartas no aclaran nada sobre si Braulio fue discípulo de Isidoro en Sevilla. Se conocieron cuando Braulio era solamente Arcediano (y no obispo), es decir, antes del 631, fecha que se da para el comienzo del episcopado de Braulio. Isidoro y Braulio estuvieron presentes en el Concilio IV de Toledo, el 5 de diciembre del 633. Dos años y cinco meses después, el 4 de abril de 636, muere Isidoro.

A través de las cartas estudiadas obtenemos noticias ciertas de la amistad entre Isidoro y Braulio, de la escritura por Isidoro de las *Etimologías* a petición de Braulio y de la contribución de Braulio a incrementar el prestigio de Isidoro. Braulio e Isidoro se vieron en el Concilio IV de Toledo del 633. En la carta V de Braulio a Isidoro, Braulio afirma que desde hace siete años le está pidiendo "los libros de los *Orígenes*", por lo que las peticiones de Braulio se remontan al 625 o 626; pero según la carta III, podemos añadir uno o dos años anteriores, pues entre las cartas III y V de Braulio hay una respuesta de Isidoro, la carta IV, con lo que nos ponemos en el 623 o 624; en ella Braulio le pide a Isidoro "con todo encarecimiento me envíes el libro de las *Etimologías* que, según he oído, has terminado". El rey Sisebuta, el otro gran admirador y difusor de la obra y del prestigio de Isidoro, gobernó del 612 al 621, y C. Codoñer

43 *Epistolario*, p. 93.

44 *Ibidem* p. 115.

45 VAL, U. D., "Eutropio de Valencia", en ALDEA, Q., MARTÍN, T y VIVES, J. (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España*. Madrid, Instituto Enrique Flórez, 1972, v. II, pp. 886-887, escribe: "Eutropio de Valencia (siglos VI-VII), monje escritor. Fue discípulo de Donato, fundador del monasterio Servitano y amigo de Liciniano, obispo de Cartagena. Llegó a ser abad de dicho monasterio. En 584 su nombre era célebre en la Península (Biclarense, *Crónica* 18, 5). En 589 los padres del Concilio de Toledo encomendaron a Leandro y Eutropio el asunto principal del concilio, la profesión de fe de los visigodos (Biclarense, *ib.* 24, 1). De regreso a su monasterio se le nombró obispo de Valencia, después de 589, no pudiendo prolongarse su episcopado más allá del 610"; y p. 886: "Eutropio (siglo VII), obispo y escritor. Corresponsal de Braulio de Zaragoza, era obispo de una diócesis no lejos de Zaragoza (¿Tarazona?). Es distinto de Eutropio de Valencia y del Eutropio que escribió a San Agustín. Al no figurar su nombre en el Concilio VI de Toledo (613), es probable que fuese elegido obispo después de esta fecha".

46 *Ibidem*, p. 175.

habla de una "edición" de las *Etimologías* dedicada al rey Sisebuto, con lo que las *Etimologías*, en todo o en parte, estaban escritas antes del 621<sup>47</sup> y:

... están ya, aunque mutilados e incompletos, en manos de muchos. Por eso te ruego que me envíes una copia íntegra, corregida y bien ordenada, no sea que, llevado por mi ansiedad, me vea obligado a tomar de otros vicios por virtudes. Quiero, aunque no tengas necesidad de nadie y sean sospechosos los ofrecimientos no solicitados, que vuestra bondad me mande en lo que pueda y valgo, de modo que haga uso de mis servicios, más aún, que goces del amor que es Dios.

Por la carta III, 623/624, sabemos que "el libro de las *Etimologías* que, según he oído, está terminado con la ayuda de Dios, porque sé muy bien que trabajaste en él en gran parte a instancia de tu siervo (Braulio)". Por fin, Isidoro, según la carta VI, no podemos llegar a saber si anterior o posterior a la celebración del Concilio IV de Toledo, en 633, "cuando venía de camino (de su estancia en Toledo) te he enviado, con otros códices, el de las *Etimologías*, y aunque sin corregir a causa de mi salud, era ya mi intención ofrecértelo para que lo corrigieras, si lograba llegar al señalado lugar del concilio"<sup>48</sup>, lo que corrobora en la carta VII: "Ahí te envío, como te prometí, la obra sobre el origen de algunas cosas".

Por esta correspondencia sabemos que todo el material de las *Etimologías*, organizado en grandes apartados, fue enviado por Isidoro a Braulio en el 632 con el ruego de que revisara el texto como paso previo a su difusión. "Por ello y por la noticia referida a las *Etymologiae* contenida en la *Renotatio* de Braulio de Zaragoza, se cree que es a este último a quien se debe la distribución de la obra en veinte libros actuales"<sup>49</sup>.

Las cartas citadas nos dan a conocer el estado de salud y de ánimo de Isidoro. En la primera, Isidoro se dirige a Braulio: "Pide por mis miserias, porque no valgo nada a causa de los achaques de mi cuerpo y por los pecados de mi alma" En la VI: "Te pido que intercedas ante Dios por mis pecados para que por tus oraciones sean borrados mis delitos y perdonadas mis maldades". Por la VIII, última de Isidoro: "Con toda mi ansia estoy desando ver tu rostro y ojalá alguna vez Dios dé satisfacción a este, mi deseo, antes de morir", por lo que todas las cartas de Isidoro serían posteriores al encuentro en el IV Concilio de Toledo del 633. Muerto Isidoro, Braulio continuó su trabajo de difusión y engrandecimiento de la obra de Isidoro.

Un último tema sobre la vida, la erudición y el modo de escribir de Isidoro es el relativo a su biblioteca, sus libros, los autores leídos y la ayuda prestada en la elaboración de sus obras. En las dependencias de la basílica de Sevilla de aquellos años, la Santa Jerusalén, cuyo lugar desconocemos, debía hallarse la biblioteca episcopal. Ignoramos su existencia, su lugar y su forma, pero por el modo como

47 CODOÑER, C. (coord.), *La Hispania visigótica y mozárabe*, p. 148: "Estos primeros diez libros (de las *Etimologías*), o acaso los tres primeros y los seis últimos, dejando a un lado el cuarto, parecen haber conocido una transmisión manuscrita independiente del resto de la obra, fruto de una 'edición' de las *Etymologiae* dedicada al rey Sisebuto (†621)".

48 "El lugar del concilio" parece que es Toledo, pero ¿venía de Toledo y quería llegar al lugar del concilio, Toledo?

49 CODOÑER, C. (coord.), *La Hispania visigótica y mozárabe*, p. 148.

Isidoro nos describe las bibliotecas en las *Etimologías VI*, así pensamos que debía ser la suya. La sala de lectura no tendría artonados dorados, “porque el fulgor del oro embota los ojos”, sino que estaría pintada de color verde, que “hace descansar” la vista, mientras que el suelo debía ser de mármol de Carrara<sup>50</sup>. Igualmente, estaría decorada con retratos de los autores más ilustres de cada disciplina, igual que estaba adornada en la Roma clásica la biblioteca de Asinio Polión (*Etimologías*, VI, 5,2)<sup>51</sup>. También podemos imaginarnos el orden de los libros: primero todo el Antiguo y Nuevo Testamento<sup>52</sup>; después los padres de la Iglesia (Orígenes<sup>53</sup>, Hilario, Ambrosio, Agustín<sup>54</sup>, Jerónimo, Juan Crisóstomo en traducción latina, Cipriano); en tercer lugar, los poetas cristianos (Prudencio, Juvenco, Avito, Sedulio). A continuación, se colocaban en parangón autores extranjeros y glorias hispanas: en historia, Orosio, galaico, frente a Eusebio; en teología, San Leandro y San Gregorio Magno, junto con San Agustín; en derecho, el emperador hispano Teodosio y su nieto Teodosio II frente a Paulo y Gayo; en medicina, Cosme y Damián frente a Galeno e Hipócrates<sup>55</sup>.

Sobre el número de libros que componía la biblioteca de Isidoro, quizás nos hemos hecho excesivas ilusiones. M. Díaz y Díaz es muy decisivo sobre este tema:

Es verdad que Isidoro parece haber sido el gran conservador de la cultura clásica, el gran conocedor de sus autores, que cita tantas veces a lo largo de su obra; con todo, un estudio profundo hace ver dos cosas: primero, que, salvo en las *Etyimologiae*, donde lo exige el método y los precedentes del trabajo, los autores más frecuentemente citados son los eclesiásticos, especialmente los más ricos en doctrinas antiguas, como Jerónimo, Agustín, Fulgencio y pocos más; segundo, que la casi totalidad del conocimiento de los autores clásicos se debe a manuales, escoliastas, antologías, escritores posteriores, comentaristas, siendo general la regla ya bien establecida de que Isidoro imita o copia los autores que no siempre cita por su nombre, mientras que la presencia de citas nominales implica casi siempre un tratamiento de segunda mano. Y es que, en buena parte, este procedimiento bastaba a la finalidad que se había propuesto Isidoro y a las corrientes de su tiempo<sup>56</sup>.

50 San Isidoro, *Etimologías*, VI, 11, 2-3. Madrid, BAC, 1982, pp. 588-589: “Los arquitectos opinan que no hay que colocar artonados dorados en las bibliotecas, ni tampoco pavimentos que no sean de mármol de Carrara, porque el fulgor del oro embota los ojos, mientras que el color verde del mármol de Caristo los hace descansar”.

51 *Ibidem*, VI, 11, 2, pp. 580-581: “Sin embargo, Polión fue el primero que abrió en Roma una biblioteca pública, integrada por obras tanto griegas como latinas, las imágenes de muchos escritores aparecían expuestas en su atrio, que había adornado con la mayor magnificencia con obras procedentes de compras de botines”.

52 *Ibidem*, VI, 2.

53 *Ibidem*, VI, 7, 2: “También de origen griego, superó con sus libros tanto a griegos como a romanos por el gran número de sus obras: Jerónimo confiesa haber leído seis mil libros de este autor”.

54 *Ibidem*, 7, 3: “No obstante, Agustín superó en sabiduría e ingenio los estudios de todos estos: compuso tantas obras que, aun empleando los días y las noches, nadie sería capaz de escribir un número igual de libros, ni siquiera de leerlos”.

55 GIL FERNÁNDEZ, J., “Los comienzos del cristianismo en España” y “Basílicas de Sevilla y su tierra”, en SÁNCHEZ HERRERO, J. (dir.): *Historia de las diócesis españolas*. Vol. 10: Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta. Madrid, BAC, 2002, p. 33.

56 DÍAZ y DÍAZ, M., “La cultura de la España visigótica del siglo VII”, en *De Isidoro al siglo XI*, p. 33.

De manera similar se manifiesta Juan Gil:

Volviendo a los libros, no debemos de hacernos excesivas ilusiones sobre el número de volúmenes que albergaba la biblioteca [de Isidoro]: los autores citados son en realidad muy pocos, y faltan las compilaciones, epítomes y *excerpta* propios del fin de la Antigüedad y que se perdieron en el tránsito a la Edad Media; el conocimiento de estos eslabones perdidos haría más comprensible la magna labor de las *Etimologías*<sup>57</sup>.

De manera similar se manifiesta García Moreno<sup>58</sup>.

J. Fontaine utiliza dos vías de acceso para conocer los fondos de la biblioteca de la escuela episcopal de Sevilla, donde se habría formado Isidoro y donde después habría trabajado. La primera son los *Versos* de la biblioteca, compuestos probablemente para figurar sobre las arcas de libros o encima de ellas, bajo los retratos al fresco de ciertos autores, del mismo modo de los versos que figuraban en el siglo VI en las bibliotecas de Roma, la del papa Agapito sobre el *clivus Scauri* y la de los Archivos (*scrinium*) de Letrán. A lo que hay que añadir la amistad que existía entre Leandro y el papa Gregorio Magno, que pudo permitir que algunas copias de ejemplares conservados en las bibliotecas romanas pudieran e incluso vinieran a enriquecer la de Sevilla, lo que es cierto con los *Libros Morales* de Gregorio Magno dedicados a su amigo Leandro y que él trajo consigo cuando regresó a Sevilla.

Los dísticos comienzan por afirmar: "Hay aquí muchas obras sagradas, hay también muchas obras profanas". Una serie de dísticos presentan a continuación las Sagradas Escrituras, las obras de Orígenes (todas menos el *Tratado de los principios*, cuyos errores doctrinales son escusados más que condenados por los *Versos*), los cuatro padres de la Iglesia latina (Hilario, Ambrosio, Agustín y Jerónimo), Juan Crisóstomo y Cipriano de Cartago. Después, los poetas clásicos: Virgilio y Horacio, Ovidio y Persio, Lucano y Estacio; luego, el cuarteto formado por los poetas cristianos: Prudencio, Avito, Juvenco y Sedulio. Por último, los historiadores cristianos: Eusebio y Orosio, Leandro de Sevilla y Gregorio Magno; luego, los juristas Teodosio, el emperador del siglo V, y Teodosio II, que hizo recopilar el código teodosiano, Pablo y Gayo. Esta pudo ser la Biblioteca de Sevilla que Isidoro conoció desde su infancia<sup>59</sup>.

---

57 GIL FERNÁNDEZ, J., "Los comienzos del cristianismo en España" y "Basílicas de Sevilla y su tierra", en SÁNCHEZ HERRERO, J. (dir.): *Historia de las diócesis españolas. Vol. 10: Sevilla, Huelva, Jerez, Cádiz y Ceuta*. Madrid, BAC, 2002, p. 34.

58 GARCÍA MORENO, L. A., *Historia de la España visigoda*, p. 370: "Dado el carácter memorístico, erudito y de centón que hemos señalado en la enseñanza visigótica superior, no parece acertado reconstruir el contenido de algunas de esas bibliotecas episcopales o monásticas a base de las citas de autores que puedan detectarse en las obras literarias de los miembros de tales escuelas. Por el contrario, parece un camino más seguro, aunque difícil y siempre incompleto, el de rastrear su procedencia visigótica de nuestros códices medievales, tal y como ha propuesto DÍAZ y DÍAZ. Bajo esta perspectiva, el supuesto conocimiento de la gran literatura clásica latina que a veces se supuso para gentes como Isidoro de Sevilla puede quedar reducido a unas proporciones bastantes más modestas y más acordes con el espíritu de la época". A continuación, cita una lista de diferentes autores paganos, mucho más amplia que la de autores cristianos.

59 FONTAINE, J., *Isidoro de Sevilla. Génesis y originalidad*, p. 69.



Según J. Fontaine, existe una segunda vía más segura: el estudio de las fuentes utilizadas por Isidoro. A partir de los tres primeros libros de las *Etimologías* podemos conocer los manuales que pudo ojear Isidoro desde su juventud. Parece ser que ojeó los grandes poemas clásicos a través de los comentarios de sus escoliastas. Realizó una lectura cristiana de Virgilio, así como del liberalismo cultural de Lactancio y del emperador Constantino. Los poetas aparecen clasificados en las *Etimologías* entre los filósofos paganos y las sibilas inspiradas. Simultáneamente repasa la prosa clásica a través de los manuales de retórica (sobre todo las *Instituciones oratorias* de Quintiliano) y de las citas patrísticas (sobre todo Agustín, Jerónimo y Gregorio Magno). Tal vez la *Quadriga* del gramático Arusianus Meffus, que consiste en una colección de ejemplos extraídos de grandes autores considerados como modelos clásicos: Terencio, Virgilio, Salustio y Cicerón. Tomó también fragmentos enteros, aunque en muchos casos de manera indirecta, de los enciclopedistas antiguos Varrón y Suetonio, así como de enciclopedistas latinos tardíos como Martianus Capella y Casiodoro. En cuanto a la cultura religiosa, la obra fundamental es la Biblia y, junto a ella, la liturgia de las horas y de las grandes fiestas del año litúrgico con sus lecturas<sup>60</sup>.

Aún J. Fontaine se plantea una última cuestión: ¿cómo se formó Isidoro para la predicación? En primer lugar, con los consejos y ejemplos personales de Leandro, de quien conservamos la homilía del famoso Concilio III de Toledo, así como las de sus predecesores; los preceptos del *De Doctrina Christiana* de San Agustín, los manuales antiguos de retórica y las ricas colecciones de homilías pronunciadas por los grandes exégetas cristianos: Orígenes, Hilario, Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Juan Crisóstomo y Cipriano<sup>61</sup>. Sus contemporáneos admiraron al Isidoro orador, no solo su amigo Braulio, también Ildefonso de Toledo, a mediados del siglo VII, diría del hispalense: “Manifestó a través de sus dotes oratorias una riqueza desbordante, y tal encanto, que la abundancia admirable de su palabra dejaba estupefactos a los oyentes” (*De viris illustribus*, 8)<sup>62</sup>.

¿Cómo era la escuela de Isidoro? ¿Cuántos y quiénes sus alumnos? Carecemos de datos sobre la escuela sevillana, pero debemos recordar que ya el Concilio II de Toledo del 533, canon primero, establece la enseñanza obligatoria, por clérigos especializados y bajo la vigilancia del obispo y en su residencia, de los niños confiados a esta para su posterior ingreso en el clero<sup>63</sup>. Cien años después, en el Concilio IV de Toledo del 633, cánones 24 y 25, Isidoro de Sevilla propuso a todos los obispos la obligación de establecer escuelas en sus sedes respectivas para la correcta formación de su futuro clero. Escuelas en régimen de internado en edificio anejo a la catedral y en dos ciclos. El primero, de carácter integrado bajo tutela de un maestro único, abarcaría la infancia y la adolescencia; la formación sería elemental y pondría

60 *Ibidem*, p. 70.

61 *Ibidem*, p. 71

62 *Ibidem*, p. 71.

63 VIVES, J.; MARÍN, T. y MARTÍNEZ, G., *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, pp. 42-43: Concilio II de Toledo, a. 527, Canon I: “De aquellos a los que sus padres dedican al oficio clerical desde la infancia, si después quieren casarse”.

su énfasis no tanto en los aspectos intelectuales, sino morales, y no se contempla la posibilidad de que todos los jóvenes de este primer ciclo educativo tengan que recibir posteriormente las órdenes sagradas. El segundo ciclo se considera destinado a la formación del clero, por lo que se persigue que el alumno sepa leer perfectamente y comprender los textos sagrados elementales, utilizando ampliamente la memoria mediante la recitación del salterio, los cánticos e himnos y el ritual, todo ello contenido en el *liber manuale*<sup>64</sup>. Gil Fernández piensa que “no la hemos de suponer muy distinta a la escuela emeritense de la *domus* de Santa Eulalia, donde vivían y aprendían los adolescentes, entre ellos alguno tan simple e importante como Augusto, bajo la supervisión de un *praepositus celle*”<sup>65</sup>.

¿Tuvo muchos alumnos Isidoro? ¿Le ayudaron? Como han explicado muy bien últimamente C. Codoñer y sus colaboradores, Isidoro se sirvió para escribir sus obras, y en especial las *Etimologías*, del método de la abreviación.

Esta técnica era muy del gusto de la época y debe ser entendida como un procedimiento de carácter didáctico que trata de reducir un amplio campo del saber humano a exposiciones mucho más breves que facilite, en consecuencia, su comprensión, al tiempo que permita su asimilación y memorización. La abreviación se convirtió así en una aspiración fundamental de Isidoro a lo largo de su trabajo, sobre la que insiste y de la que se enorgullece. (...) Isidoro aplicaba esta técnica en los diferentes procesos de la redacción del texto, desde la lectura de las fuentes a la adaptación de estas en los pasajes requeridos por los múltiples temas desarrollados en la enciclopedia. Semejante labor, sin embargo, no parece haber recaído únicamente en él. En efecto, este, dada su posición al frente de la cátedra episcopal hispalense, contaba con los miembros del *scriptorium* de la Catedral de Sevilla, donde ejercía sus responsabilidades. Así, se cree que durante los años de su episcopado mandó elaborar un gran número de fichas de todos aquellos materiales que podía necesitar. Se advierte como prueba de ello que en varias de sus obras aparecen los mismos fragmentos procedentes de autores diversos, lo que pone de manifiesto la existencia de una especie de fichero al que el hispalense podía recurrir cuando lo necesitase de acuerdo con los temas tratados<sup>66</sup>.

¿Estuvo la biblioteca de Isidoro adornada con unos versos? Parece que es cierto. De Isidoro se reconocen como auténticos los *Versus Isidori* o *Versus in Bibliotheca* (*Versos de Isidoro* o *Versos de la Biblioteca*), que debían estar destinados a ilustrar los quince armarios en los que se guardaban los libros de la biblioteca, de los que tres se encuentran en la enfermería, seis en la botica y tres en el *scriptorium* donde trabajan los copistas y los asistentes de Isidoro.

64 *Ibidem*, Concilio IV de Toledo, a. 633, pp. 201-201, Canon XXIV: “De la formación de los clérigos. Que vivan en una misma casa”. Canon XXV: “Que los obispos conozcan las Sagradas Escrituras y los cánones”.

65 *Vidas de los santos Padres de Mérita*. Introducción y notas de VELÁZQUEZ, I. Editorial Trotta, Madrid, 2008, p. 51: “Cierta muchacho, de todavía corta edad y, por decirlo con más precisión, un adolescente, de nombre Augusto, inocente, ingenuo y que no sabía leer, cuando, junto con otros muchachos de su misma edad y compañeros suyos en el monasterio de la egregia virgen Eulalia, cumplía fielmente con las funciones del servicio que le había sido encomendado por el venerable prepósito del monasterio”. En la nota 2, p. 55, se extiende sobre la persona y el oficio del *praepositus*.

66 CODOÑER, C., *La Hispania visigótica y mozárabe*, p. 147-148.

Nos falta, por último, y es lo más importante, referirnos brevemente a las obras de Isidoro. Por temas varios las podemos agrupar del modo siguiente:

- Exégesis bíblica, en especial del Antiguo Testamento: *Prooemia* (Proemios a los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento), después del 600; *De ortu et obitu Patrum* (Vida y muerte de los Padres), 598-615; *Allegoriae* (Alegorías), 612-615; *Liber numerorum* (Libro de los números), 612-615; *Quaestiones in Vetus Testamentum* (Controversias en torno al Antiguo Testamento), 624-625<sup>67</sup>.
- Teología, defensa de la fe católica, los herejes: *Sententiae* (Sentencias), hacia el 633; *De fide catholica contra iudaeos* (Sobre la fe católica contra los judíos), 614-615; *De haeresibus* (Sobre los herejes), 612-615.
- Regulación de la vida del clero y de los monjes: *De ecclesiasticis officiis* (Del origen de los Oficios Eclesiásticos), 598-615; *Regula monachorum* (Regla para los monjes), 615-618.
- Historia: *De uiris illustribus* (Sobre los varones ilustres), 615-618; *Chronicon* (Crónica), 1.<sup>a</sup> ed. en 615 y 2.<sup>a</sup> ed. en 625; *Historia Gothorum, Vandalorum et Sueuorum* (Historia de los godos, vándalos y suevos), 1.<sup>a</sup> ed. en 619, 2.<sup>a</sup> ed. en 624.
- De carácter científico: *De differentiis* (Diferencias)<sup>68</sup>, 598-615; *De natura rerum* (Tratado sobre la naturaleza), 613.
- De carácter ascético y espiritual: *Synonymia* (Sinónimos), 610-615.
- De carácter enciclopédico: *Etymologiae* (Etimologías), entre 612 y 625<sup>69</sup>.
- De carácter poético: *Versus Isidori* o *Versus in biblioteca* (Versos de Isidoro o Versos en la biblioteca), a comienzos del siglo VII<sup>70</sup>.

## Epílogo

Hemos querido reunir todas las noticias que sobre Isidoro de Sevilla, el hombre y su obra, hemos hallado documentadas y comentadas, y al mismo tiempo rechazar cualquier otra alusión de tipo legendario; para ello, hemos utilizado las fuentes posibles y la bibliografía más reciente y objetiva. Sobre la importancia de Isidoro después de Isidoro, no hemos hablado más que de los elogios de Braulio y de algún otro del siglo VII.

67 También conocido como *Mysticorum expositiones sacramentorum* (Exégesis de los sentidos sagrados y espirituales).

68 Esta obra se compone de dos partes. El segundo libro lo podemos incluir dentro de los libros de carácter teológico o doctrinal.

69 GARCÍA MORENO, L. A., *Historia de la España visigoda*, pp. 1-13. Afirma que esta obra ocupa "ciertamente un lugar destacado". Pero advierte: "El problema que plantea la obra isidoriana para su utilización como fuente histórica es el saber hasta qué punto las noticias que transmite a prácticas contemporáneas del autor o son mera recopilación erudita de épocas y situaciones muy diversas... Por todo ello considera rechazable, como a veces se ha hecho, una reconstrucción de la vida económica de la Península en el siglo VII sobre la base de una utilización indiscriminada y global de los datos isidorianos".

70 De todas estas obras se encuentran las ediciones más actuales en las bibliotecas de la Universidad de Sevilla, cuya referencia completa se puede encontrar en el trabajo de Esperanza Bonilla.

